

EL LADRÓN QUE “ROBÓ” EL PARAÍSO

Lc 23,26-38: Jesús camino del Calvario, la crucifixión y los ultrajes en la cruz

Lc 23,39-43: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso”

Flp 2,5-11: “Siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios”

“Estando Jesús para expirar, con el cuerpo destrozado y con el corazón cubierto de mortal tristeza, buscaba quien le consolase. Pero, Redentor mío, no hay quien os consuele; ¿habrá, por lo menos, quien se compadezca de Vos y una sus lágrimas a vuestra mortal agonía? Veo todo lo contrario: unos os injurian, otros os escarnecen y os blasfeman: *Si eres el hijo de Dios, os dicen unos, baja de la cruz. ¡Bah! Tú que destruyes el templo de Dios, exclaman otros, sálvate a ti mismo.* Y no faltó quien os echara en el rostro *que a otros habíais salvado y no podíais a Vos mismo salvaros.* ¿Qué ajusticiado se ha visto jamás cargado de tantas injurias y denuetos al estar muriendo en el patíbulo? ¡Oh bondad inmensa e infinita de mi Dios! ¿Quién os amara? Sí, Jesús mío, olvidaos de las injurias que os he hecho y acordaos de la amarguísima muerte que por mí habéis padecido; por sus méritos dadme parte en vuestro santo amor. Que vuestro divino amor reine en mi corazón y sea mi único señor, mi único deseo y mi único amor. ¡Dichosísimo ladrón, que mereciste unir tus dolores y tu paciencia a la muerte de Jesús! También yo seré dichoso, Jesús mío, si tengo la suerte de morir amándoos, uniendo mi muerte a vuestra santa muerte” (SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO).

“¿Acaso, sin dar tregua a tu oficio de salteador, has sacado tiempo para leer las Escrituras? ¿Es que, mientras cometías los homicidios, has tenido tiempo de escuchar a los profetas? Todos los días estabas ocupado en derramar la sangre de tus semejantes. ¿Has tenido tiempo libre para prestar tu oído a la palabra de Dios? ¿Quién te ha enseñado a volverte filósofo de este modo? ¡Es la cruz, instrumento de tu suplicio, la que te ha hecho reconocer y proclamar el triunfo de Cristo! Los judíos lo crucifican, aunque ellos saben la ley y los profetas, y tú que no conoces nada, ni la ley, ni los profetas, ves a Cristo condenado contigo y le proclamas Dios, ¡lo ves crucificado y lo adoras! ¿Pero quién te ha enseñado eso? ¿Quién te ha enseñado los oráculos relativos a su persona para que anuncies abiertamente la entrada próxima en su Reino al que comparte tus dolores ante tus ojos? Y el buen ladrón responde:

‘La ley no me la ha enseñado nadie, los profetas no me han anunciado nada, pero el Señor que estaba delante de mí me ha mirado, y su mirada me ha traspasado hasta el fondo de mi corazón’ (...) No, yo no estaba instruido en estas cosas, no estaba preparado, no había estudiado las Escrituras, pero Jesús me miró... ¡Y en su mirada lo he comprendido todo!” (SAN AGUSTÍN).

“Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismo signo eficaz del obrar del Padre” (FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, 3).

“Hoy estarás conmigo en el paraíso”. También estas palabras están llenas de misterio, pero nos enseñan ciertamente una cosa: Jesús sabía que entraba directamente en comunión con el Padre, que podía prometer el paraíso ya para “Hoy”. Sabía que reconduciría al hombre al paraíso del cual había sido privado: a esa comunión con Dios en la cual reside la verdadera salvación del hombre. Así, en la historia de la espiritualidad cristiana, el buen ladrón se ha convertido en la imagen de la esperanza, en la certeza consoladora de que la misericordia de Dios puede llegarnos también en el último instante; la certeza de que, incluso después de una vida equivocada, la plegaria que invoca su bondad no es vana. “Tú que escuchaste al ladrón, también a mí me diste esperanza” reza, por ejemplo, el *Dies irae*” (BENEDICTO XVI).

“El Señor siempre nos confiere más de lo que pedimos. El ladrón le pidió al Señor que lo recordara cuando entrara en su reino, pero el Señor le dijo: “te aseguro, hoy estarás conmigo en el paraíso”. Porque la vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo está su Reino. La razón por la que el Señor perdonó rápidamente a este hombre fue porque éste rápidamente se volvió al Señor (...). El Señor le perdonó pronto, porque pronto se convirtió: la gracia es más poderosa que la súplica. El Señor concede siempre más de lo que se le pide. El favor que se concede supera infinitamente a la petición: el ladrón sólo pedía que se acordase de él, pero el Señor le dice lo que sigue: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”. La vida consiste en habitar con Jesucristo, y donde está Jesucristo allí está su reino” (SAN AMBROSIO).